

objetivos sociales, políticos, culturales y económicos que persiguieron las clases medias representadas en los artículos publicados por los redactores de *El Censor* como de las múltiples dificultades que tuvieron que sortear para poder realizarlas.

El estudio analítico de Sánchez-Blanco es un aporte valioso no solo para historiadores e hispanistas del siglo XVIII en general, sino también para aquellos intelectuales de otros periodos históricos y de otras disciplinas que estén interesados en alcanzar un mejor entendimiento, y quizás una nueva dimensión, del complejo debate que se originó en torno a la incompleta reforma política, social y económica dieciochesca y, en definitiva, en relación a la consideración de todos los participantes involucrados en los procesos ideológicos que rodearon el establecimiento del poder en dicho periodo.

En suma, esta obra constituye una inestimable aportación intelectual que abre nuevos horizontes sobre la inevitable complejidad que rodea al proceso de construcción política y social del siglo XVIII y que arroja nueva luz sobre uno de los principales canales de difusión, el de las clases medias que publican en *El Censor*, mediante el cual se llevó a cabo dicho proceso.

MARTA MANRIQUE GÓMEZ
Middlebury College

ROMÁN SETTON Y GERARDO PIGNATIELLO, COMPS. *Crimen y pesquisa. El género policial en la Argentina (1970-2015): literatura, cine, televisión, historieta y testimonio*. Buenos Aires: Título, 2016. 253 pp.

Crimen y pesquisa. El género policial en la Argentina (1870-2015): literatura, cine, televisión, historieta y testimonio acoge una pluralidad de miradas y lecturas en una cuidada edición a cargo de Román Setton y Gerardo Pignatiello. La compilación tiene como fin actualizar un debate que gira en torno de los alcances del género policial, en agudo contrapunto con los aportes críticos y teóricos de un campo tan convocante como vigente en la literatura argentina. Inscrito en un andamiaje socio-histórico, el trasfondo político hilvana las reflexiones al momento de abordar las colaboraciones provenientes de diferentes campos. El volumen puntúa así recorridos de lectura atravesados bien por una coordenada temporal, que atiende desde las primeras hasta las actuales manifestaciones del género, como por una medial, en las que se visibilizan producciones de sentido de "lo policial" que emergen en y desde convergencias mediáticas.

Uno de los aspectos más interesantes del volumen reside en la insistencia en la conexión entre ficción policial y diferentes medios

artísticos –narrativa, cine, televisión, radio, historieta, periodismo de investigación; conexión que, sin dejar de problematizar sus vínculos con corrientes precedentes, junto a sus implicancias actuales, funciona como índice que apunta hacia una nueva política de la lectura y una nueva lectura política. Este doble alcance se logra en gran parte porque reúne las voces conjuntas de narradores y estudiosos, quienes se preguntan por las fronteras del fenómeno y las incumbencias del policial en la actualidad.

La respuesta a esto último es una respuesta dialógica, en el sentido bajtiniano del término, que pone al descubierto las mencionadas coordenadas temporal y medial. En la primera quedan subsumidas, entre otras, las reflexiones vinculadas al policial de enigma y al género negro, la revisión de textos programáticos de fines del XIX y primera mitad del XX, como así mismo análisis centrados en Jorge Luis Borges, Juan José Saer y Rodolfo Walsh, por mencionar algunos autores. En cuanto a los nuevos abordajes, sobre teoría y práctica del policial en la literatura, es el texto de Jorge Lafforgue el que presenta las filiaciones, cortes y quebradas de los nuevos hacedores de lo policial tanto con las generaciones precedentes, como con los modos del hacer de lo policial un ámbito en el que las colecciones de relatos, los concursos, las traducciones y las antologías fueron llamados a jugar un rol nodular antes de que la generación, marcada por el exilio de la última dictadura militar, se viera obligada a dar continuidad al quehacer literario fuera del país. Por otra parte, presenta las circunstancias a fines del siglo XX, luego de un reacomodamiento posdictatorial en el ámbito de las letras – atento a la expansión del género en España y a la capacidad de intercomunicación del neopolicial hispanoamericano – que permiten el surgimiento de lo que se había logrado hacia los 70. Fundamentales fueron, en este marco, las publicaciones de la antología *Cuentos policiales argentinos* (1997) y de *Plata quemada* de Ricardo Piglia (Premio Planeta 1997), con el que se daba un giro terminal a la variante del policial negro y se abría un ciclo que establecía nuevos códigos de lectura para el género con la publicación de *Las Islas* de Carlos Gamerro y *La traducción* de Pablo De Santis. La nutrida lista de narradores y hacedores de la ficción policial, en la que no se descuidan nombres femeninos como los de Claudia Piñeiro, Syria Poletti o María Angélica Bosco, es amplia y nutrida; sin embargo, en esta instancia, por razones de brevedad, nos limitamos a mencionar algunos de ellos.

Respecto de las implicancias de la segunda coordenada – la medial – se rastrean los significados que se despliegan en estas expresiones más allá de lo explícito, transparentando las relaciones de su contexto histórico y político de producción. Son analizadas así las historietas de Carlos Sampayo, en las que género negro, historieta e hilos secretos de la ciudad se atraen mutuamente. Desde el encierro, y como contrapunto, son

abordadas las crónicas del delito; condiciones de encierro que, paradójicamente, generan movilidad y cruce de versiones e hipótesis como así mismo de relatos inconclusos, siempre abiertos a proyectar nuevos efectos de sentido en la memoria histórica, al apelar al juicio activo del lector.

Sin duda, las modalidades discursivas visuales – cine y series televisivas – ocupan un lugar central, en tanto “constituyen políticas de la estética o estéticas de la política” (185). Este apartado ofrece, sin mezquindades, un complejo panorama de una industria cinematográfica heterogénea que fue abriéndose paso junto a políticas estatales promotoras, no exentas de limitaciones y negociaciones, pero que afirmaron su propio compromiso político ya que, en palabras de Emilio Bernini “filmar el *noir* en el cine industrial depende de la formación de un compromiso ... y en el período del terrorismo estatal se vuelve, como tal vez haya pocos ejemplos en la historia del cine, la representación de un espacio comunitario de resistencia” (191). Por su parte, las colaboraciones donde se destacan las implicancias políticas en la trilogía policial de Adolfo Aristarain, a la par de las formas en las que quedan imbricados los roles entre criminales y jugadores en el cine de Fabián Bielinsky, presentan un panorama revitalizado de la cultura visual de fines del XX y principios del XXI. El apartado se cierra con el análisis de las condiciones de producción y recepción de las teleseries policiales de los 2000. *Okupas y Tumberos* que, si bien entroncan con ciertas tradiciones narrativas, proponen no obstante sus propias inversiones de lectura, donde la lógica, el análisis y lo ético logran encerrar a la ficción dentro de la ficción, con el propósito de incitar en el espectador a buscar los porqués y a nombrar aquello que pareciera ser innombrable.

Solo resta subrayar que *Crimen y pesquisa* no solo ha sabido completar renglones en blanco del cuerpo de escritura de lo policial, sino que plantea con autoridad cuestiones de la historia literaria, visual y cultural argentina.

TATIANA NAVALLO
Université de Montréal